



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2019

EL FARISEO Y EL PUBLICANO: PECADOS PERDONADOS

A todos los fieles, religiosos, diáconos y sacerdotes:

Gracia a ustedes y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo

(Ef 1, 2)

[1] Sobre el Monte Moriah, donde Dios le ordenó a Abraham que sacrificara a su amado hijo Isaac, Salomón construyó el templo en Jerusalén. Herodes, siglos más tarde, lo reconstruyó y lo expandió. El historiador Judío Flavio Josefo engrandece su belleza. “ ... Al edificio no le faltaba nada que pudiera asombrar la mente o el ojo. Porque al estar cubierto por enormes placas de oro, el sol no estaba tan alto como lo que irradiaba un fogonazo tan intenso que las personas que se esforzaban por mirarlo se veían obligadas a desviar la vista, por los rayos solares ... todo lo que no estaba recubierto de oro, estaba cubierto con el blanco más puro” (Ant. 15.391-395).

[2] Todos los días a las 9 am, el sacerdote sacrificaba un cordero sobre las llamas del altar en el Templo. Y, en la tarde a las 3 pm, el sacerdote sacrificaba otro cordero encima de todas las ofrendas hechas durante el día sobre el mismo altar. Este Segundo cordero se quedaba ardiendo en el altar durante toda la noche. La mañana siguiente el sacerdote removería las cenizas y repetiría las mismas ceremonias. De esta manera, había *olah tamid*, una ofrenda continua, un holocausto perpetuo al Señor (cf. Ex 29, 38-46).

[3] Durante los tiempos de Jesús, los judíos piadosos iban a orar en la mañana y la tarde durante los sacrificios ofrecidos en el majestuoso Templo de Herodes. Como otros fieles judíos, Jesús y sus discípulos seguían la costumbre (Hch 3,1; 2,15). En muchas ocasiones, Jesús se dio cuenta no sólo las multitudes se reunían para la oración, sino también los individuos que llegaban a dar culto a Dios. De su aguda observación sobre la naturaleza humana, compartió la corta, pero conmovedora parábola del Fariseo y el Publicano.

A algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola: “Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo de pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias. En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador! Les digo que este bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se ensalza será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc 18, 9-14).

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2019

[4] San Lucas en su evangelio, coloca esta parábola inmediatamente después de la parábola de la viuda importuna (Lc 18,1-8). El evangelista nos ofrece esta parábola como un ejemplo de “la necesidad... de orar siempre sin cesar” (Lc 18,1). Como resultado, muchos entienden la parábola del fariseo y el publicano como una instrucción adicional sobre la oración.

[5] De esta manera, Jesús estaría enseñando que, aquellos que verdaderamente conocen la grandeza infinita de Dios siempre serán humildes. Y, cuando se acerquen a Dios en oración, su humildad abrirá el camino al trono de la gracia. Sólo los humildes pueden recibir el don de la justificación. Ciertamente, la última frase de la parábola favorece esta interpretación. No solamente en la oración, sino en todas las circunstancias de la vida, “la humildad y el conocimiento en pobres ropas, superan el orgullo y la ignorancia en atuendos costosos” (William Penn).

[6] En su diálogo continuo con los fariseos que no entienden la constante búsqueda de Jesús por los pecadores, Jesús les comparte la parábola del fariseo y el publicano que suben al templo para orar. Al hablar de la manera en que ambos oran individualmente, Jesús está presentando un tema más profundo. El comienza la parábola hablando de la oración. Y, termina la parábola enseñando la naturaleza misma de la redención.

[7] En la parábola, el fariseo se enorgullece en guardar la ley. Él representa los muchos otros fariseos que sinceramente creen que su obediencia en los más pequeños detalles de la ley, les garantiza el derecho de ser justificados ante los ojos de Dios. El publicano que es un recaudador de impuestos representa a todos aquellos a quien el fariseo juzga como pecadores, porque no pueden ni guardan las muchas leyes que los fariseos guardan.

[8] Muchos de los que se reunían en torno a Jesús eran fariseos. Eran hombres buenos deseosos de escuchar a Jesús. Su Nuevo enfoque y sus profundas ideas al principio los intrigaba. Pero, eventualmente, muchos de ellos se volvieron contra Él, porque muy libremente Él recibía a los pecadores y publicanos (Mt 9,11).

[9] En la parábola, ambos hombres suben al templo a orar. Es el momento del culto público. El fariseo se distancia de la muchedumbre en el patio del templo. Él es mejor que todos los demás. De acuerdo a la *Mishnah*, si una persona justa roza las telas de los que no cumplen la ley, se vuelve impuro. Por lo tanto, el fariseo esta deliberadamente solo. Su orgullo en sus propios logros lo separa de todos los demás y le causa su caída. Una vez San Agustín dijo, fue el orgullo el que convirtió a los ángeles en demonios; es la humildad la que hace a los hombres ángeles.

[10] El publicano también se destaca de la multitud. Pero es su humildad lo que le hace evitar estar cerca de los demás adoradores. Él está contento de estar en la presencia de Dios, incluso a distancia. Su misma posición es una oración en sí misma, exclamando, “Vale más un día en tus atrios que mil en mis mansiones, pisar el umbral de la Casa de mi Padre que habitar en la tienda del malvado” (Sal 84,10).

[11] Que importante es la Casa de Dios, el lugar donde Dios escoge para habitar. En todas las obras de la creación, estamos asombrados ante el poder y la belleza, la grandeza y la bondad de Dios. Pero, en la Iglesia, estamos en sí en la misma presencia de Dios. La Iglesia es el “Templo Sagrado para el Señor. . . [Somos todos nosotros] siendo edificados en una morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2,22). Y, en ese lugar sagrado, por medio de la predicación de la Palabra y los Sacramentos, Dios nos enriquece con sus bendiciones, nos fortalece con su gracia y corona nuestras vidas con su misericordia.

[12] Incluso como lo hacen los judíos piadosos hoy en el muro de los lamentos en Jerusalén, el fariseo en la parábola pronuncia su oración en voz alta. Sus palabras apestan a olor de su propia alabanza y orgullo. El dice, “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano.” Lejos de ser una oración a Dios, sus palabras son un ataque despiadado contra el recaudador de impuestos. En vez de alabar y dar gracias a Dios, el acusa al otro de pecador.

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2019

[13] Nada es más detestable para Dios que la persona que condena tan amablemente a otra persona de pecador. En las palabras del buen ladrón crucificado con Jesús, tal persona no tiene temor de Dios. El no reconoce que todos nosotros estamos bajo la misma condenación (Lc 23,40). “Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios” (Rm 3,23).

[14] Aquellos que se dedican a dar a conocer los pecados de otros se cierran a sí mismos a la gracia de Dios. Reconocer los propios pecados y no los de los otros es el requisito previo para el perdón. “No juzguen y no serán juzgados. No condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados” (Lc 6,37). Nosotros usamos bien la consciencia cuando examinamos el estado de nuestra propia alma y no nos enfocamos en la paja del ojo del otro, mientras ignoramos la viga en nuestro propio ojo (Lc 6,410). El orgullo hace culpables a aquellos que arremeten contra otros en su cruzada personal por la justicia y, sin embargo, son terriblemente negligentes con la honestidad acerca de ellos mismos. Su reproche a los demás es ridículo.

[15] Después de atacar a su compañero de culto, el fariseo enumera sus propios actos de justicia. Moisés ordenó un ayuno para el día de la Expiación (Lv 25,20). Pero este fariseo ayunaba dos veces a la semana. Él diezma no sólo el producto de su tierra como se requiere, sino todo su ingreso. Va más allá de la ley y se jacta de que todos escuchen sus buenas obras.

[16] El fariseo no es un hombre humilde que se inclina delante de Dios. De sus veintinueve palabras en sus labios en el texto griego, cinco veces el dice Yo; sólo una vez el menciona a *Dios*. Como señala San Bernardo, no está tan agradecido por ser justo, sino por estar sólo en su bondad. No hay un indicio de una verdadera devoción en su soliloquio.

[17] Jesús sólo necesita unas pocas palabras para enseñarnos el retrato del publicano. Sólo un verso. Su lenguaje corporal habla fuerte. Él ni si quiera levanta los ojos al cielo, como era la costumbre cuando se oraba. Ni tampoco alza sus manos, sino que se golpeaba el pecho. Esto es un gesto muy inusual para un hombre en los días de Jesús. Es una expresión de profundo dolor hecha usualmente por mujeres. El publicano está verdaderamente arrepentido.

[18] Su *mea culpa* va directo al Corazón, la fuente de todo mal. “Porque del Corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Esto es lo que contamina al hombre. . .” (Mt 15,19-20). Su gesto dramático de golpearse el pecho expresa en si la oración de David “Crea en mi, oh Dios, un corazón puro” (Sal 51,12).

[19] Consciente de sus propios pecados, ora con toda seriedad. Lo único que menciona de sí mismo es que es un pecador. No hay necesidad de argumentar su caso ante el divino Juez quien conoce los secretos de nuestros corazones. “No es cómo ve el hombre, pues el hombre ve las apariencias, pero Yahvé ve el Corazón” (1 S 16,7). No es necesario largas oraciones. Él simplemente dice, “Oh Dios, ten compasión de mi, que soy pecador.”

[20] A diferencia de Bartimeo, el mendigo ciego que se encuentra a Jesús en su último viaje a Jerusalén que grita, “ten piedad de mi,” el publicano literalmente dice: “haz expiación por mi (ἰλάσθητί μοι). Esta palabra “haz expiación” (ἰλάσκομαι) no se encuentra en ningún otro lugar en los evangelios. Se encuentra, sin embargo, en Hebreos 2,17 donde Jesús, nuestro misericordioso Sumo Sacerdote dice que hace expiación (hilaskomai) por los pecados de la gente. Usando la misma palabra, Pablo incluso llama a Jesús, nuestra expiación. (Rm 3,24-25).

[21] La misma palabra ἱλαστήριον (hilastērion) que Pablo usa para decir que Jesús es nuestra expiación, el Griego Antiguo Testamento usa para el propiciatorio, es decir, la tapa o cubierta del arca que fue rociada por el sumo sacerdote con la sangre de la víctima el Día de la Expiación. Dado que Lucas fue un compañero cercano de Pablo, puede haber escuchado a Pablo hablar de Jesús de esta manera. Y así, cuando se trata de grabar la oración del publicano, hizo un pedido de misericordia para recordarnos que Cristo es el propiciatorio de la Nueva Alianza.

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2019

[22] En su breve petición, el publicano reconoce que el mismo no puede hacer nada para restaurar su relación rota con Dios. Sólo Dios puede. Y Dios lo hace en Cristo Jesús. En el altar de la Cruz, Jesús hace la expiación perfecta por nuestros pecados y nos restaura a la gracia. Asimismo, nosotros pobres pecadores podemos tener confianza aun en nuestras debilidades. “Pero, si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo, el Justo. Él es la víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero” (1 Jn 2, 1-2).

[23] En respuesta a la oración del recaudador de impuestos atestada con la carga de sus pecados, su humildad y confianza, Dios responde de inmediato. Él lo perdona. Y así Jesús termina abruptamente la parábola. Los dos hombres subieron juntos al templo, primero el fariseo, luego el publicano. Ahora salen del templo en orden inverso. El recaudador de impuestos sale primero, porque Dios ha escuchado su oración y lo ha justificado. El fariseo se queda atrás. Dios no sólo lo ha justificado, sino que su oración lo ha puesto en un estado espiritual peor que el que tenía antes. No se le perdonó porque no admitió su pecado.

[24] Nuestra sociedad moderna no cree más en el pecado. Desecha la ley moral. Se niega a aceptarla como un estándar para el bien y el mal. Como resultado, se está pecando cada vez mas y admitiéndolo cada vez menos. Con mucha frecuencia, las personas simplemente dicen que todos van al cielo. ¿Por qué? Porque no hay pecado. Cuando Dios es desterrado de la sociedad, ¿Cómo puede alguna vez algo ser una ofensa contra Él? No Dios. No ley moral. No pecado. Sólo queda una sociedad a su propia depravación.

[25] Pero los que creemos en Jesús no somos abandonados. “una vez unidos con el Crucificado como lo somos en la Misa, comenzamos entonces a entender que en todas partes, otros nos prometen pecado justificado, pecado descontado, pecado negado, pecado explicado, pero sólo al pie de la Cruz experimentamos la hermosa divina contradicción del pecado perdonado” (Fulton Sheen).

[26] Para muchos en el mundo de hoy, puede tomar algún tiempo antes de que puedan clamar con el publicano, “Oh Dios, haz expiación en mí, un pecador.” Pero hasta que cada uno de nosotros lo haga, no hay perdón. No hay sanación para un espíritu quebrantado. No hay ungüento para nuestras heridas. No puede haber redención del pecado. Un futuro mejor siempre comienza con las lágrimas del arrepentimiento.

*Dada en el Centro Pastoral de la Diócesis de Paterson,
el Miércoles de Ceniza, el día seis de Marzo, en el año de
Nuestro Señor Jesucristo, dos mil diecinueve.*

+ Arthur J. Serratelli

+ Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson

Sr. Joan Daniel Healy, SCC

Hermana Joan Daniel Healy, SCC
Canciller